

## Crónica de la Semana\*

Debemos comenzar hoy nuestra crónica refiriendo a nuestros lectores un hecho digno de consideración por su transcendencia moral, y porque él demuestra los esfuerzos que se hacen día a día en México para propagar la enseñanza.

La Sociedad de Beneficencia, fundada en 1846 por el benemérito Vidal Alcocer, y que se ha mantenido hasta aquí fiel al espíritu de su fundador, y venciendo todos los obstáculos que el egoísmo de las clases ricas, la miseria y el fanatismo han puesto en su camino, siempre perseverante, siempre emprendedora, procura llevar la luz de la enseñanza y de la moral a todos los antros en que se esconde la parte más infeliz de las clases menesterosas.

Esta sociedad, a la que nos honramos mucho de pertenecer, no busca, según las ideas de su filantrópico fundador, el centro brillante de la capital para establecer sus planteles de enseñanza.

No busca tampoco el ruido ni la publicidad para hacer ostentación de sus trabajos, cumpliendo con su misión de amparar y educar a la niñez desvalida; ella sólo se consagra a procurar el bien de las clases desheredadas de la sociedad; pero esto lo hace sordamente, con evangélica modestia y sin

---

\* \* Ignacio Manuel Altamirano, "Crónica de la Semana" Sociedad de Beneficencia. Los Miserables de México. Una visita a la Candelaria de los Patos. Las Conferencias. Sociedad Médica "Pedro Escobedo". Sociedad Católica. Independencia cubana. Sociedad Artístico-Industrial. Teatro Nacional, *El Renacimiento*, t. II (16 de octubre de 1869): 97-101.

que sus humildes fiestas tengan eco en otra parte más que en el corazón del pueblo desgraciado.

Apenas nosotros, y eso porque creemos honrar a nuestro país, revelando los progresos que hace cada día la civilización en las clases proletarias, descorremos de vez en cuando, ante el público, el velo que encubre los trabajos de nuestra asociación, en los que, sea dicho en justicia, tenemos muy pequeña parte.

A la junta directiva, y especialmente al secretario don José M. Zayas, digno heredero de las virtudes de Alcocer y que no descansa un momento en su benéfica tarea, se debe todo lo bueno que ha podido llevarse a cabo en estos últimos años.

Hablemos ya de la apertura de las dos escuelas citadas.

En uno de los barrios más apartados del centro, en el extremo oriental de México, allí donde se aglomera la población más infeliz y más abandonada; allí donde la ignorancia tiene un foco amenazador y en donde puede decirse que la barbarie se presenta más espantosa, precisamente por hallarse más próxima al refinamiento y al lujo, la Sociedad de Beneficencia ha ido a establecer dos misiones, que sin duda alguna tendrán los más felices resultados en el porvenir.

En una de las viviendas de una gran casa de vecindad situada en el puente de la Soledad de Santa Cruz, abrió una escuela para niñas el domingo 10 del presente, siendo

padrino el estimabilísimo señor don Ignacio Trigueros. La solemnidad fue conmovedora en alto grado.

El niño don Ángel Urosa, uno de los alumnos más adelantados del asilo de huérfanos de San Gregorio, pronunció un bello discurso. El secretario señor Zayas y el señor Trigueros pronunciaron otros que hicieron verter lágrimas al auditorio. Estos dos señores apenas podían hablar, a causa de su emoción. Por la pequeñez de nuestras columnas sentimos no reproducir aquí estas piezas llenas de sentimiento y de filantropía, pero deseando que las conozca el público, las hemos enviado al *Siglo XIX*.

Una pequeña niña, perteneciente a las escuelas de beneficencia, también dirigió al concurso ternísimas palabras, y otras 20 compañeritas suyas entonaron himnos a la Providencia, en señal de gratitud por los nuevos beneficios que se dignaba dispensar a la niñez desgraciada.

La respetable y virtuosa madre del señor don Ignacio Mariscal, nuestro representante hoy en los Estados Unidos, y una señorita hermana suya asistieron a esta fiesta de la infancia, y firmaron el acta de inauguración respectiva. Es de advertir que tanto la escuela de niñas como la que se abrió enseguida para niños están dedicadas al honrado ciudadano que, siendo ministro de Justicia del señor Juárez, concedió hace algunos meses a la Sociedad de Beneficencia una subvención de 500 pesos mensuales, sin la cual hubiera perecido de miseria.

Acto continuo, los mismos concurrentes se trasladaron a la vivienda de otra casa de vecindad, situada en el callejón del Marquesote número 5, donde se inauguró el mencionado establecimiento para niños, cuyo acto tuvimos nosotros el inmerecido honor de apadrinar.

¡Ah!, cómo deseábamos ver allí esa mañana a tantas personas opulentas como encierra México, a tantas damas cubiertas de ricas joyas, y a cuya belleza no falta más que el brillo de la caridad. Habrían tenido ocasión de practicar la más hermosa de las virtudes cristianas, alargando una mano generosa a centenares de niños infelices que, cubiertos de harapos y presentando en sus rostros inocentes todas las señales del hambre y del sufrimiento, se aglomeraban en aquellos pequeños recintos, demandando el pan de la instrucción y de la moral, ya que su negra suerte les niega el alimento y el bienestar. Nada hay que entristezca más a los hombres de corazón que la presencia de la niñez hambrienta y desnuda. Nosotros, que acabábamos de atravesar el centro brillante de México, donde todo era alegría y lujo, donde encontrábamos a cada paso grupos de niños de ambos sexos, bellos como ángeles y ataviados con todos los adornos que puede proporcionar la riqueza al amor paternal, sentimos oprimírsenos el corazón al encontrarnos de repente con esos pequeños desvalidos, en cuyos rostros macilentos la miseria ha destruido los rasgos de la belleza, y el hambre ha borrado los colores de la infancia.

Sentimos honda pena, lo confesamos, vertimos muchas lágrimas, no nos da vergüenza decirlo, aunque se burlen de nosotros los egoístas y los malvados; y nuestro pesar se aumentó al considerar nuestra impotencia para mejorar la condición material de tantos infelices. Se necesita ser rico para hacer el bien, y los pobres no pueden tributar a la beneficencia otro homenaje que el estéril de sus deseos y de sus simpatías.

Este espectáculo nos recuerda otro más triste aún, porque no está alumbrado ni siquiera con los pálidos rayos de la esperanza.

El miércoles, guiado por un noble y caritativo amigo nuestro, hicimos una visita a uno de los barrios más espantosos de la ciudad. Vimos de cerca a los que legítimamente pueden llamarse los Miserables de México.

Está situado al extremo sureste de la opulenta población, y colinda ya con esos pantanos infectos cuyas plantas palustres, meciéndose tristemente a impulsos de las brisas del valle, nos causaron una sensación de tedio difícil de expresar. Aquel aspecto de desolación nos trajo a la memoria las tristes palabras que los historiadores atribuyen a los embajadores de Huitzilíhuitl, segundo rey de México, cuando fueron a pedir a la hija del señor de Azcapotzalco para casarla con su soberano. “Ten lástima -dijeron al

orgullosos Tezozómoc- de aquel tu siervo el rey de México, metido entre espadañas y carrizales espesos”.

De lástima, en efecto, son dignos los infelices que viven en aquellos lugares cenagosos, aspirando los miasmas mortales que inficionan allí el aire, y mezclándose entre los reptiles que, por asquerosos que sean, les sirven casi siempre de alimento.

Cuentan las antiguas tradiciones que los desgraciados aztecas, que se vieron obligados por el odio de los pueblos del valle a refugiarse en las lagunas, no tuvieron otro recurso para alimentarse que el que les ofrecían la miserable pesca de las ciénagas, los réptiles y los más inmundos productos del lago.

Pues bien: los miserables de entonces tienen aún herederos, que obligados ya no por el odio sino por la indiferencia de la gran ciudad, se arrastran a sus orillas llevando una existencia que abrevian, por fortuna, el aire malsano, el hambre y la intemperie.

Un escritor amigo nuestro decía, con razón, hace pocos días, que el *centro dorado* de México ignora que está rodeado por un cinturón de miseria y de fango. Efectivamente, causa horror y tristeza semejante consideración.

Nosotros no hemos podido visitar más que una parte muy pequeña de ese círculo de infelicidad, pero por él nos formamos idea de lo restante.

Del otro lado del canal que pone en comunicación los dos lagos y atraviesa la ciudad, está el barrio de la Candelaria de los Patos, la plazuela de la Alamedita, los baños de Coconepe y otros rincones en que parecen esconderse la miseria más abyecta, la ignorancia más vergonzosa, el pauperismo en estado de salvajez.

Desde que se atraviesa el puente de la Soledad de Santa Cruz y se pierde uno en aquel laberinto de callejuelas sucias e infectas, todo anuncia que se ha entrado en la región de la fiebre y del hambre. Las grandes casas de vecindad son antiguas y destartaladas: en sus numerosas, estrechas y oscuras viviendas yacen hacinadas generaciones enteras de miserables; las calles no sólo son desaseadas sino inmundas, la atmósfera es asfixiante, los grandes hoyancos que hay en aquellos empedrados del tiempo de los virreyes están llenos de una agua cenagosa y negra que exhala miasmas mortíferos y, en suma, por allí circulan centenares de hombres, mujeres y niños envueltos en harapos, y en cuyos semblantes enflaquecidos se revelan, con sus más lastimosos caracteres, la necesidad y la agonía.

Pero al llegar a las calles contiguas a la plazuela de la Alamedita, a Coconepe, a Candelaria, el horror se aumenta porque el aspecto de casas, calles y gentes llega al último extremo que pueden alcanzar la miseria y la enfermedad.

Casi todas las casas son de vecindad y contienen centenares de pequeños cuartos, cuyo precio de alquiler por mes varía desde 4 reales hasta 2 pesos.

Muchos de estos cuartos no tienen sino seis pies cuadrados, y en ellos parece imposible que se aloje una familia de seis u ocho personas. Son verdaderos ataúdes en que el pobre sepulta su agonía, esperando la muerte.

Allí duermen ancianos, madres y niños, sobre un tinglado viejo y negro por entre cuyas aberturas brota el fango de la laguna.

Visitamos muchas de estas mazmorras en que extinguen la condena del destino los desheredados de la sociedad.

En la mayor parte de semejantes viviendas encontramos a cada familia agrupada silenciosamente en derredor de un brasero apagado y vacío. A veces veíamos al padre con la mano en la mejilla, considerando aquel cuadro de su hogar con honda desesperación. A veces la madre consolaba, llorando, a los hijos desnudos y hambrientos, otras los pequeños parias yacían rendidos de debilidad en viejas y sucias esteras, reclinando sus cabecitas enfermas en montones de asquerosos guiñapos.

No vimos, con todo, en aquel infierno, un rostro feroz en el que pudiéramos traducir el odio de los hambrientos contra los dichosos de la Tierra. Tal vez a causa de nuestra penosa preocupación sólo percibimos en las miradas la más humilde resignación, y en las palabras el dolor y la conformidad con la



suerte. Aun encontramos a un niño de 10 años, raquítico y agonizante por la fiebre, que nos repetía desde su pobre pedazo de estera una relación cristiana sobre la existencia de Dios, seguramente aprendida entre los sufrimientos del desamparo, como un consuelo y como una esperanza. Tampoco encontramos allí la sentina de los vicios y crímenes que amenazan a la sociedad, no: sólo vimos padres de familia rodeados de hijos, artesanos honrados sin trabajo, madres que caminan una legua para ganar un jornal pequeñísimo y que vuelven a su tugurio a partir sus tortillas con sus tiernos hijos.

Hay allí cerca, entre los basureros y la inmundicia, pequeños prados en que crecen los insustanciales quelites con exuberancia. Estos quelites cocidos en agua simple forman, con algunas tortillas, el alimento diario de estas tribus hambrientas.

Hemos contemplado cuadros desgarradores. Un zapatero tullido que mantiene a sus seis hijos y a su mujer difícilmente, aunque su trabajo no le produce lo bastante para vestirlos. Un peón albañil que, teniendo hace un año los pies hinchados, apenas puede trabajar dos horas diarias, y con esto y con limosnas que pide da de comer a su mujer y a cuatro hijos, de los cuales los más pequeños son gemelos; una mujer enferma de flujo que hacía ocho días que estaba abandonada en su petate sin tener con qué curarse, y que nos dijo que estaba esperando con paciencia la muerte, que no

tardaría; y ancianas que hacían, con trapos viejos, cojines para planchar o gallitos de carrizo para los muchachos y, en fin, a niñitos tísicos y moribundos que, tendidos en el suelo y mirando fijamente con ojos tristes al cielo, esperan sin quejarse la vuelta de la pobre madre, que se ausenta para vender sus miserables artefactos.

En esto no hay exageración, antes nos quedamos cortos. La respetable persona que nos acompañó es testigo de que callamos muchas miserias y corremos el velo sobre multitud de cuadros, más dolorosos todavía.

Pues bien: hasta esa región de miseria y de muerte parece que no llega el cuidado de la edilidad mexicana; al menos el desaseo, la infección, la mendicidad, no son ciertamente indicios que revelen que la autoridad del municipio fija allí una que otra vez su paternal mirada.

Hasta allí tampoco llega el lujoso carruaje del sabio médico que, cumpliendo con su ministerio de caridad, vaya a llevar a los que mueren en el abandono, el auxilio salvador de la ciencia. Hasta allí no llega tampoco el ángel de la caridad bajo la forma de una dama, tan bella como generosa. Parece que este ángel de la caridad no gusta de manchar sus alas de seda en aquellos lugares pantanosos y horribles, y se limita a volar donde lo vean los curiosos del centro de la ciudad; parece que gusta más de aliviar a los miserables de levita y de crinolina, que saben convertirse después en trompetas de

la fama. Bueno y sano es esto, pero aquellas gentes no sólo sienten las amarguras de estar privadas de alimentos.

Hasta allí no llega tampoco el sacerdote, llevando los consuelos de la fe y los socorros de la caridad. Ya se sabe que el sacerdote frecuenta los lugares donde recibe limosna, no donde es necesario darla.

Quizá estas palabras provoquen numerosas protestas. Hoy están de moda las protestas contra la verdad. Sea en buena hora, las escucharemos complacidos, pero la única respuesta que daremos a los que las hagan será invitarlos a ir con nosotros a ese lugar que acabamos de describir y en el que, según los informes tomados, la filantropía no se ha aparecido jamás en los últimos tiempos. Una que otra persona, como la que nos sirvió de guía, suele llevar, impulsada por sus sentimientos generosos aunque aislados, algunos recursos.

Pero la miseria que allí reina reclama los cuidados constantes de la autoridad y de la beneficencia. El socorro aislado y casual no alivia sino durante un día. Aquel miembro paralítico de la Ciudad de México necesita curarse, necesita participar de la savia vigorosa que circula en el centro y que no llega a comunicarle vida. Aquello se muere, aquello deshonra a la capital de la república.

Nadie piensa en el bienestar de cuatro o cinco mil moribundos que se arrastran allí, cuya condición moral es la que puede concebirse, conocida su situación física. De ahí

tienen que salir el vicio como un miasma, el crimen como una venganza contra la indiferencia social. Y ¿qué hace la autoridad? La autoridad se conforma con tener su policía. A bien que el patíbulo vendrá a corregir el mal que no quiso evitar la indolencia. Si uno de estos desgraciados roba o mata, cae sobre él la mano pesada de la sociedad, mano que no le alargó un pan ni un silabario, ni extendió hasta él una punta del manto tutelar de la educación, que encubre a las clases más felices. Los tormentos del presidio o el aspecto amenazador de la pena de muerte, he ahí todo lo que sabe poner la sociedad ante los ojos de los que tienen hambre e ignorancia, para hacerles amar la virtud. ¡Reflexión espantosa y que hace helar la sangre en las venas de los que saben todavía amar al pueblo!

Cuando estábamos en medio de aquellos pantanos, cuando penetrábamos en las tinieblas de aquellos *oubliettes* en que parecen condenados a un abandono eterno tantos centenares de infelices, ¡oh!, ¡cómo nos acordamos de las *sociedades caritativas* que se han organizado en México con objeto de aliviar la suerte de los proletarios!

Nos acordamos de las Conferencias de señoras y pensábamos que Vicente de Paul, su bendito patrón, si hubiera vivido aquí, ya habría recorrido estas regiones y habría llevado a ellas los consuelos de su ardiente caridad.

Ya parece que se nos responde: que las *Conferencias de señoras* tienen muchos pobres a quienes socorrer en el

centro de la ciudad. Es cierto, pero la caridad debe ser como Dios, estar en todas partes y saberlo todo. Ojalá que un socio de las *Conferencias*, sin tener en cuenta nuestras opiniones políticas y religiosas y juntándose con nosotros, como Cristo con los samaritanos, nos tomase por guía en sus excursiones piadosas; nosotros lo conduciríamos a lugares en que podría ejercer su misión.

Nos acordamos allí también de los médicos de México. Un paseíto de una hora por aquellos arrabales daría más satisfacción a cualquiera de nuestros doctores que la curación ruidosa de alguna vieja opulenta o de un magnate destruido por los placeres.

También a esto se nos podrá responder que para eso hay hospitales.

Es cierto, pero ni todos los pobres pueden ir a esas casas ni todos los pobres caben en ellas. Es preciso buscarlos, como hacía Juan de Dios, para conducirlos a mejor morada o asistirlos allí, si lo primero no es posible.

Indicaremos, por ahora, a la Sociedad Pedro Escobedo, sociedad compuesta de jóvenes y filantrópicos médicos, recién establecida, que sería muy honroso para ella disponer que uno de sus miembros, o dos o tres, recorrieran diariamente todos los barrios miserables de México para llevar a ellos los auxilios de la ciencia y sanar a los infelices que perecen víctimas del abandono.

Nos acordamos igualmente de la Sociedad Católica que cuenta, según sabemos, con bastantes fondos, seguramente consagrados al bien de la humanidad y a la propagación de las ideas del cristianismo. Pues bien: en esos barrios las pobres gentes carecen de las nociones de la moral cristiana y apenas saben hacer la señal de la cruz. ¡Cuán honroso sería para la Sociedad Católica convertirse en misionera, no de las clases acomodadas sino de las clases infelices e ignorantes!

La Sociedad Católica debe considerar que en México, más que los San Bernardo, los Bossuet, los Lacordaire, los Madrid, los misioneros de las suntuosas catedrales, apóstoles de la aristocracia y predicadores de las grandes fiestas de tabla, nos hacen falta los Casas, los Gante, los Valencia, los Motolinia, esto es, apóstoles de las masas incultas, verdaderos discípulos de Jesús que nutran con la palabra santa el alma de los miserables y de los ignorantes.

Naturalmente nos acordamos también del Ayuntamiento, y reflexionamos que si bien es útil y bello plantar árboles y hacer jardines en la avenida de los Hombres Ilustres, para decorar así las más hermosas calles de la capital, sería necesario, indispensable a la higiene, plantar también más árboles del lado de oriente para purificar aquella atmósfera deletérea, que mantiene allí el foco de las fiebres que azotan de vez en cuando los barrios elegantes de la ciudad. Y, sobre todo, es necesario el aseo: allí no hay aseo absolutamente, y todo lo que dijéramos sobre esto sería

pálido comparándolo con la realidad. Estamos seguros de que si un munícipe viajara por aquellos barrios, saldría de ellos con un malestar de estómago indecible.

Y esto no es más que una parte del círculo negro que rodea a México. Los demás suburbios, como Santa Ana, como Santa María, como San Pablo, están lo mismo. Nosotros rogamos a todos, a economistas, a ediles, a médicos, a sociedades, a escritores, que piensen en la mejora, en la salvación siquiera de aquellos desheredados de la suerte.

No se diga después de las sociedades caritativas de México, que se convierten en lo que se convirtió la Casa de caridad de Máster Richard Watts de que habla el lindo cuento de Dickens intitulado *Los siete viajeros pobres (The Seven Poor Travellers)*.

Terminaremos no sin ofrecer que volveremos a hablar de esto, por más que en la *Crónica de la Semana* sea impropio, y por más que nos exponamos a las más acres censuras de parte de los que se burlan de la desgracia y de la moral.

Volveremos ahora la vista hacia cuadros más agradables. Algunos patriotas cubanos emigrados se reunieron el domingo 10 del presente en un salón del antiguo convento de Santa Inés, para celebrar el primer aniversario del grito de independencia dado en el ingenio de Damajagua por el insigne Carlos Manuel Céspedes. Los entusiastas

republicanos, luchando como están con todas las dificultades de la miseria y de la emigración, quisieron solemnizar lo mejor posible el grandioso acontecimiento, del que probablemente resultará la emancipación de su hermosa patria. Se reunieron, entusiastas y llenos de fe, en una modesta sala que adornaron con flores, banderas y luces. Todo era pobre y humilde, pero todo tenía el brillo que da la luz del patriotismo, la solemnidad imponente que produce la fe y la animación singular que resulta del entusiasmo por la libertad. Esta reunión nos recordó los *ágapes* de los cristianos de los primeros tiempos, celebrados en el oscuro recinto de las catacumbas romanas, bajo la presión de las persecuciones pero a la luz de la fe, que hacía entrever a los creyentes la victoria del porvenir.

El acto fue conmovedor. Nuestro amigo Pedro Santacilia pronunció algunas palabras de la mayor importancia, y dio a conocer una comunicación del caudillo de la independencia cubana, escrita pocos días después de su levantamiento. El joven abogado cubano Andrés C. Vázquez leyó un sentido discurso, lo mismo que los señores Ramírez y Villalobos; el joven bardo de Cuba, Alfredo Torroella, recitó una de sus magníficas odas, la más grandiosa quizá, porque era la de la patria; nuestro Justo Sierra, que representaba a la juventud mexicana, recitó otra. La digna y virtuosa señora del presidente Juárez, cuyo corazón está nutrido con todos los sufrimientos por la libertad, honró con su presencia aquel



acto. Cuando una matrona como ésta, que lleva un nombre ilustre, una vida sin mancha y la autoridad que dan los padecimientos por la patria, asiste a una reunión semejante, ella lleva consigo todas las sonrisas del buen agüero y es, por decirlo así, la sacerdotisa del patriotismo.

Tal vez nuestros hermanos de Cuba no tengan necesidad de celebrar, el año entrante, su aniversario en un ágape tan modesto como el que ha tenido lugar en el viejo monasterio de Santa Inés, sino en la bella Cuba, a la luz de su sol de fuego y viendo mecerse orgullosos sus patrios pabellones al impulso de las brisas del Atlántico. ¡Ojalá!

El lunes, la Sociedad Artístico-industrial celebró el primer aniversario de su instalación, en la gran sala de la ex universidad, que estaba espléndidamente decorada e iluminada. Todos los discursos y poesías que allí se pronunciaron fueron notables, ¡cosa rara!, no hubo nada vulgar ni trivial en ellos. Nos llamaron la atención, sobre todo, la erudita improvisación de don Crescencio Ortega y la poesía de Torroella, improvisada también en pocos minutos.

Las sociedades de artesanos acabarán por destruir la miseria y el aislamiento, plagas que pesan sobre las clases trabajadoras.

El miércoles se hará una función magnífica de circo y zarzuela en el Teatro Nacional, a beneficio del digno señor Pérez Aguilar, representante de don José Albizu.

*Ignacio M. Altamirano*